

Páginas del Repertorio Americano (1919-1958)

GANDHI, EL SEMBRADOR DE ESPERANZAS

Fernán Félix de Amador

Un hombre llegará a Inglaterra. No lleva equipaje al lado. Va vestido de blanco como el Rabí, magro su cuerpo como abrasado por el fuego interior. Entrecerrados los ojos por ver con exceso la luz. Abiertas las manos en la costumbre ritual de la generosidad. Todo él pequeño, silencioso, sonriente, como un niño enfermizo y, sin embargo, el imperio entero ha de estremecerse a su paso con toda su Gloria, con toda su potencia militar y económica, desde Trafalgar Square hasta Cape Town, desde Sydney a Montreal; porque este hombre pequeño, como Nelson delante de la Armada Invencible, representa, dentro de su diminuta piel morena tostada por el sol de la India, la fuerza del espíritu, el poder supremo del alma que solo reconoce una valla: Dios.

En ese sentido no habrá, sin duda, en todo el vasto universo, una figura humana de mayor trascendencia y significación que la de Mahatma.



Aquel hijo predilecto del Oriente encarna su más entrañable principio, como Aryudna en las laderas del monte Merú trasfigurado en el himno del Amor absoluto, es el mensajero de la luz, mejor aún, la luz misma, hecha ritmo de la vida y superación de humanidad.

Por su ejemplo maravilloso no es dado asistir al épico combate

del amor contra la violencia, de la meditación contra la fuerza, del silencio contra el ruido, del Oriente contra el Occidente.

Gandhi, por el solo hecho de existir, demuestra la bancarrota de la civilización occidental. Todo el proceso dinámico del mundo material erigido en sistema viénesse al suelo como un castillo de naipes ante esta sola frase suya: "Reducido a sus justas proporciones, el triunfo de la civilización occidental consiste únicamente en llegar cinco minutos antes a un punto geográfico del globo".

¿Qué puede significar esta cronométrica premura, en presencia de la eternidad o de lo infinito? ¿Queda con ello rezagado el pensamiento de Platón o disminuido el espíritu de Pitágoras?

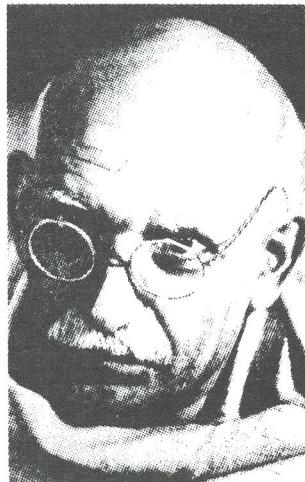
Los acontecimientos absurdos y trágicos de posguerra: el derrumbamiento caótico de la moral; el miedo a la naturaleza; la orfandad de idealismo y su inevitable

secuela del goce *à outrance* han dado razón a Mahatma de las florestas índicas. Por ello los pueblos dolorosos de las naciones crepusculares de las “cenagosas tierras del Poniente”, abren sus oídos para escuchar las palabras austeras de este Nuevo sembrador de esperanzas. Es en vano que la fuerza le confine a mazmorras de oprobio, o le condene al pan moreno del ostracismo. Tanto vale aprisionar el sol, o poner trabas al vuelo de las aves del cielo. Por los resquicios de la puerta de hierro, por el invertido tragaluz del calabozo infamante, escapa la claridad que enciende en amor el corazón de millones de seres. Es que la libertad del espíritu suena siempre como las trompetas de Jericó.

Veamos cuál es el origen de esa fuerza invencible, la semilla de esa luz que el despotismo utilitarista no ha conseguido extinguir aún. Es un credo que tonifica el espíritu acongojado por todas las decandencias. Es una realidad innegable y magnífica como un panorama de montañas de la joven India. “No soy un visionario, escribe el profeta. Pretendo ser un idealista práctico. El culto de la no violencia no es únicamente el privilegio de los sabios (*rishis*) o de los santos. También pertenece al vulgo. Porque la no violencia “es la ley de la especie humana como la violencia es la del bruto”. El espíritu duerme en la bestia y por ello ésta no conoce sino la fuerza física. La dignidad del hombre reclama de ella la obediencia a una ley superior: “la potencia del espíritu”. Y como expresión filosófica de esta realidad, el Mahatma presenta a los hombres de su patria, y por ende a los del universo, la suprema ley del Satyagraha, o sea la del sacrificio de sí mismo. “El Satyagraha y sus retoños, la no coope-

ración y la resistencia civil, dice, no son sino nombres nuevos para la nueva ley del *sufrimiento*. Los rishis que descubrieron la ley de la no violencia en medio de la violencia fueron genios mayores que Newton y guerreros más grandes que Wellington. Habiéndose servido ellos mismos de las armas, llegaron a comprender su inutilidad y enseñaron a un mundo cansado que la salud no se encontraba en la violencia sino en la no violencia. Esta, bajo su forma dinámica, quiere decir “sufrimiento consciente”. Ello no significa de ningún modo que debemos someternos humildemente a la voluntad de aquel que hace el mal, sino, por el contrario, que nuestra alma entera debe resistir a la voluntad del tirano. Un solo individuo que obra de acuerdo con esta ley fundamental puede desafiar toda la potencia de un imperio injusto para salvar su honor, su religión, su alma y provocar más tarde la caída de este imperio o su regeneración.

He ahí por qué aquel hombre pequeño que llegará a Inglaterra en la cubierta de uno de sus poderosos navíos hará estremecer con su sola presencia las orgullosas instituciones del imperio. No desoigamos la



lección del Mahatma que como el divino Rabbí, habla en nombre del amor, la suprema ley, que es la fuerza del Satyagraha y fuera de cuyas normas eternas, el hombre según enseña la Escritura, no es más que una piedra insensible.

Este episodio, para muchos circunstancial y político –la lucha de un espíritu contra la injusticia de un imperio–, tiene por su propia sustancia un significado totalmente universal.

Como definición del “estatismo” frente al dinamismo”, porta en su rica entraña, fecundidad de simiente.

El puñadito de sol que recogiera al apóstol en las soleadas riberas de la India milenaria está llamando así a devolver el sabor insípido, anhelo de las gentes contemporáneas, engendrado por el trágico connubio de la violencia y el ruido.

Huésped austero de la inacción –esa fuerza inmóvil que es mayor que toda fuerza–, el maestro del Satyagraha es invulnerable como la luz de la que es humilde mensajero.

Desmaterializado y puro, frente a un mundo sumido en lo material y la impureza, reafirma con su perpetua sonrisa –llanto transubstanciado en amor– el supremo aforismo del bienaventurado Bhagavat, que cristalizará en su verso Vigny:

*Seul le silence est grand,
Tout le reste est faiblesse...*

(Revista *Repertorio Americano*, Tomo XXIII, N° 23, año 1931, pp. 361-362)